

COLECCIÓN
CENTRO DE ESTUDIOS EN HISTORIA

TOMÁS QUINTERO THOMAS FARMER

INFORMES DEL ESPÍA DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA
EN LA CORTE DE FERNANDO VII (1825-1830)

DANIEL GUTIÉRREZ ARDILA / Editor



Universidad
Externado
de Colombia

COLECCIÓN
CENTRO DE ESTUDIOS EN HISTORIA

TOMÁS QUINTERO THOMAS FARMER

INFORMES DEL ESPÍA DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA
EN LA CORTE DE FERNANDO VII (1825-1830)

DANIEL GUTIÉRREZ ARDILA / Editor



Universidad
Externado
de Colombia

TOMÁS QUINTERO/THOMAS FARMER

INFORMES DEL ESPÍA DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA
EN LA CORTE DE FERNANDO VII (1825-1830)

TOMÁS QUINTERO/THOMAS FARMER

INFORMES DEL ESPÍA
DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA
EN LA CORTE DE FERNANDO VII
(1825-1830)

EDICIÓN, PRESENTACIÓN Y NOTAS POR
DANIEL GUTIÉRREZ ARDILA

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Tomás Quintero / Thomas Farmer. Informes del espía de la República de Colombia en la corte de Fernando VII (1825-1830) / edición, presentación y notas por Daniel Gutiérrez Ardila. – Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2012.

466 p.; 24 cm.

Incluye bibliografía e índice temático.

ISBN: 978958710854 5

1. Espías – Colombia – 1825-1830 2. Colombia – Historia – 1825-1830 3. Colombia – Relaciones exteriores – España – 1825-1830 4. España – Relaciones exteriores – Colombia – 1825-1830 I. Universidad Externado de Colombia II. Título

986.104

SCDD 21

Catalogación en la fuente – Universidad Externado de Colombia. Biblioteca

Noviembre de 2012

ISBN 978-958-710-854-5

ISBN EPUB 978-958-772-023-5

© 2012, DANIEL GUTIÉRREZ ARDILA (ED.)

© 2012, UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Calle 12 n.º 1-17 Este, Bogotá

Teléfono (57 i) 342 0288

publicaciones@uexternado.edu.co

www.uexternado.edu.co

Primera edición: diciembre de 2012

Diseño de cubierta: Departamento de Publicaciones

Composición: David Alba

Prohibida la reproducción o cita impresa o electrónica total o parcial de esta obra, sin autorización expresa y por escrito del Departamento de Publicaciones de la Universidad Externado de Colombia. Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad del (de los) autor (es).

ePub x Hipertexto Ltda. / www.hipertexto.com.co

AGRADECIMIENTOS

El editor de este libro agradece el apoyo prestado y el interés que manifestaron por las andanzas de Tomás Quintero/Thomas Farmer sus amigos Sergio Mejía, Roberto Luis Jaramillo, Camilo Uribe, David Solodkow, Isidro Vanegas, Magali Carrillo, Armando Martínez Garnica, Matías Kítever, Alvaro Tirado Mejía, Esteban y Rodrigo Puyo, Andrés Vélez y Diana María Peláez. Para la publicación del volumen han sido muy importantes las sugerencias y las gestiones de Rogelio Altez, José María Portillo, Inés Quintero, Edgardo Mondolfi Gudat, Georges Lomné, Luis Horacio López y Juan Camilo Rodríguez. De igual manera, quiere el editor recordar la grata compañía del capitán Manuel Arango y de Adriana Castañeda durante las largas jornadas de búsqueda y transcripción de los informes de Tomás Quintero. Así mismo, deja constancia de la deuda contraída con los funcionarios del Archivo General de la Nación (Rovir Gómez, Luz Mirian Guizado, Zenaida López, Anhjy Meneces y Doris Contreras), y en especial con Mauricio Tovar, Fabio Castro y Luz Marina Avila. El editor quiere expresar también su gratitud con Gade del Pilar Bonilla y los miembros del Centro de Estudios en Historia (cehis) de la Universidad Externado de Colombia quienes compartieron con entusiasmo la idea de este libro. Sea la ocasión de manifestar su reconocimiento a José Manuel Restrepo Ricaurte por abrirle las puertas de su casa y del archivo de su familia: allí le fue posible hallar tres informes de Tomás Quintero que no figuraban en los volúmenes del agn. Por último, es preciso recordar la beca posdoctoral otorgada por el Instituto Francés de Estudios Andinos (ifea) que ayudó a financiar los gastos generados por esta investigación.

El editor de este libro hizo las veces de un segundo Thomas Farmer al transcribir uno por uno los 123 informes que de su agencia confidencial pudo hallar en los archivos. Ni siquiera Andrés Bello o Joaquín García de Toledo habrían podido jactarse de tanto, pues en su condición de secretarios de la legación colombiana en Londres no remitían a Bogotá más que extractos de aquella correspondencia confidencial. Por ello, al suplantarlos y apropiarse de sus palabras -por así decirlo- quien esto escribe llegó a tener la extraña sensación de ser el verdadero destinatario de los informes. Hoy los textos de Thomas Farmer pueden rebasar la estrechísima audiencia para la que fueron escritos originalmente y librar al investigador y al lector curioso una voz y una visión únicas del tiempo de las independencias hispanoamericanas.

INTRODUCCIÓN

DE LA OSCURIDAD A LA LUZ

En la primera edición completa de su *Historia de la Revolución*, José Manuel Restrepo incluyó una brevísima nota al pie de página elogiando la conducta de un misterioso e importante personaje que en su opinión merecía ser salvado del olvido:

Un patriota distinguido natural de Caracas, que residía en Madrid desde algunos años antes, y que se decidió a servir a su patria con talentos nada comunes, daba al gobierno de Colombia todas las noticias que le importaba saber. Este agente, que tenía en la corte buenas relaciones, sabía aun de los secretos militares y de gabinete, los que analizaba con crítica severa y con excelente lógica. Tan distinguido colombiano, don Tomás Quintero, ha muerto pobre en Madrid, sin que Colombia, por sus funestas divisiones, pudiera premiarle sus importantes y patrióticos servicios. Debemos por lo menos darle un testimonio público de nuestro reconocimiento^{1}.

El historiador conocía la labor del espía no sólo por haber sido durante casi todo el período colombiano Secretario del Interior de la República, sino también porque habiendo ocupado pro t mpore la cartera de Relaciones Exteriores, entre el 23 de noviembre de 1826 y el 2 de septiembre del año siguiente (cuando el titular José Rafael Revenga partió rumbo a Caracas como acompañante de Simón Bolívar con el ánimo de restablecer el orden turbado por la revolución de José Antonio Páez), le correspondió recibir y analizar en Bogotá la correspondencia secreta. A pesar de haber ponderado Restrepo tan elogiosamente los servicios de don Tomás Quintero, hasta hoy ningún historiador se ha interesado detenidamente ni por el personaje ni por su delicada misión. Es verdad que, en su biografía sobre Andrés Bello, el escritor Miguel Luis Amunátegui insert  unos cortos comentarios sobre el agente confidencial:

El año de 1827, un venezolano, que se firmaba *Th. Farmer*, continuó con Bello desde Madrid una correspondencia que había entablado anteriormente con otros de los representantes de Colombia en Londres.

El objeto principal de ella era transmitir datos i noticias cuyo conocimiento importaba al gobierno de la nueva república.

Como el procedimiento podía atraer peligros mui serios sobre el que lo practicaba, aparece que tomaba cuidadosas precauciones para no ser descubierto.

Esta circunstancia me ha inducido a presumir que el nombre de *Th. Farmer* fuese quizá un seudónimo convenido entre los corresponsales.

Hai en una de sus cartas un dato para suponer con fundamento que era sacerdote, pues cuenta que, desde 1812, desempeñó por varios años, supliendo al profesor titular presbítero don Juan Nepomuceno Quintana, en la universidad de Caracas, la cátedra de moral práctica, de lugares teológicos, i de historia eclesiástica.

Sea lo que se quiera acerca de esto, aquel sujeto que usaba la firma verdadera o falsa de *Th. Farmer* suministraba algunas noticias curiosas e inéditas sobre las primeras producciones de don Andrés Bello^{2}.

Amunátegui sospechó acertadamente que detrás del seudónimo Thomas Farmer se escondía un agente de la República de Colombia residente en Madrid. Y si bien estaba en lo cierto al suponerlo venezolano, se equivocaba al figurarse que se trataba de un sacerdote. Por fortuna, el historiador chileno transcribió parcialmente e incluyó en su mencionada biografía un par de cartas que Thomas Farmer había dirigido en 1827 a don Andrés Bello. Ellas se incluyen en el presente volumen y, además de contener un admirado homenaje a la obra poética de su paisano, presentan un dato valiosísimo acerca de la vida de Tomás Quintero. En efecto, de una de ellas se desprende que el

futuro espía colombiano había editado un periódico en España durante el Trienio liberal.

En 1951 monseñor Nicolás E. Navarro dio un paso decisivo en la tarea de desenredar la vida y obra de Tomás Jesús Quintero al publicar un artículo sobre una víscera del arzobispo de Caracas don Narciso Coll y Prat. En efecto, al organizar parte del archivo de José Rafael Revenga por encargo de Vicente Lecuna, Pedro Grases dio con unas interesantes cartas de quien debía convertirse poco después en espía de Colombia en Madrid y quien desde 1815 y hasta el fallecimiento del prelado en 1822 se desempeñó como su secretario personal. En una de ellas, Quintero refiere al ministro en Londres, José Rafael Revenga, la muerte de Coll y Prat y le cuenta que pretendió restituirse a su país natal, sin poderlo conseguir a causa de la invasión francesa de los Cien Mil Hijos de San Luis. Por ello, el caraqueño solicitó a Revenga una plaza en cualesquiera de las legaciones de la república en Europa y, de no ser posible, un salvoconducto que le permitiese reincorporarse con seguridad a Colombia. No menos importante resultó el segundo oficio publicado por monseñor Navarro. Escrito por el agente confidencial de Colombia en Madrid a mediados de 1826 a su amigo Manuel Mateu -miembro de la poderosa familia quiteña de los marqueses de Maenza y del conde de Puñonrostro-, la misiva permitió establecer que Tomás Jesús Quintero y Thomas Farmer eran la misma persona. Además, la carta es una suerte de memoria que resume no sólo las actividades del espía durante el primer año de sus gestiones, sino también la totalidad de su vida pasada. Quedó claro entonces que Tomás Quintero fue en tiempos de la primera república venezolana secretario de José Félix Ribas y que sus opiniones exaltadas en aquel tiempo causaron escándalo cuando defendió unas conclusiones públicas en la capilla de la Universidad de Caracas. Así mismo, la misiva deja claro que Quintero trabajó en la Península durante dos años en un periódico en el que defendió el

reconocimiento de la independencia. La redacción de tan extraordinario documento obedecía a una razón sencilla: convencer a José Rafael Revenga, a la sazón ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, de la necesidad de expedir un nombramiento en forma como “Agente secreto de la República cerca del gobierno español”: siendo tantos los peligros que acechaban a Quintero, éste conservaba la esperanza de que un documento oficial pudiese salvarlo de la horca en caso de arresto^{3}.

Tres años más tarde, al prologar uno de los tomos de las obras completas de Andrés Bello, Eduardo Plaza se refirió a la “Correspondencia de Farmer” que examinó por aquel entonces en unas copias fotostáticas del Archivo Restrepo. Los informes del agente, cuya verdadera identidad conoció, retuvieron la atención del consultor de política internacional en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela, quien ponderó los importantes servicios prestados por el agente y las difíciles circunstancias en que le fue preciso actuar. Así mismo, esbozó una lista con los principales tópicos de la correspondencia de Quintero, la cual, además de contener “datos preciosos sobre la política española y europea”, ofrecía informaciones relevantes:

... sobre los movimientos militares y los preparativos de España para la reconquista, sobre diligencias practicadas, a veces con éxito, para obtener la fuga de prisioneros en cárceles españolas, sobre tratos informales con el agente diplomático norteamericano en Madrid, sobre patronato eclesiástico y, en fin, sobre multitud de cuestiones^{4}.

Por aquellas mismas fechas, y en cierto artículo sobre Andrés Bello, Pedro Grases se jactó con toda razón (pues el descubrimiento puede atribuírsele), en una nota al pie de página de haber identificado a “Thomas Farmer como el seudónimo con que cubría su propio nombre el caraqueño Tomás J. Quintero (Quintero: Farmer), agente secreto de la Gran Colombia en España”, quien había llegado a Madrid

“como secretario civil del arzobispo don Narciso de Coll y Prat^{5}”.

Precisamente, en la presentación a los memoriales que Coll y Prat escribió con el fin justificar su conducta durante la revolución de independencia, Manuel Pérez Vila incluyó una nota menos concisa acerca del espía colombiano, cuya información le fue proporcionada por Pedro Grases. En ella consta que Tomás Jesús Quintero nació en Caracas el 30 de diciembre de 1793 y que pertenecía a “una familia bien conocida”, pues era hermano de los doctores Domingo y Ángel, quienes ocuparon papeles relevantes en la Iglesia y la política venezolana, respectivamente. Dícese también, en la nota en cuestión, que Tomás Quintero obtuvo en la Universidad de Caracas los grados de bachiller en artes y de licenciado y doctor en ciencias eclesiásticas, y que a los 20 años de edad comenzó a ejercer las funciones de secretario privado del arzobispo. En tal condición lo acompañó a España, adonde debió dirigirse el prelado a fines de 1816 para defenderse de las acusaciones hechas en su contra por Pablo Morillo. Quintero asistió, pues, a Coll y Prat en su vindicación hasta el fallecimiento de éste, acontecido el 28 de diciembre de 1822. Pérez Vila refiere igualmente los oficios de Quintero como espía de la República de Colombia (sin indicar las fechas de su comisión), así como el seudónimo que adoptó y la correspondencia que mantuvo entonces con “Bello, Revenga, Gual, Fernández Madrid y otros más”. Del mismo modo, el académico venezolano menciona el matrimonio de Quintero con la dama española doña Eugenia Palomares y la hija (Columba) que resultó de tal unión, “hacia 1832 o 1833”. Finalmente, Pérez Vila apunta la fecha del fallecimiento en Madrid del espía colombiano (1837), en la más extrema pobreza, y el encargo que hizo a su familia de “conducir o enviar a Venezuela el corazón del arzobispo Coll y Prat^{5}”.

En 1968 Sergio Fernández Larraín publicó en Santiago de Chile el libro *Cartas a Bello en Londres*. Uno de los

capítulos de la obra explora la vida y la misión confidencial de Tomás Quintero, retomando para ello las investigaciones previas de monseñor Nicolás E. Navarro y Pedro Grases. No obstante, en el volumen se reproducen cuatro cartas del espía correspondientes al primer semestre de 1827, que hacían parte del archivo de Andrés Bello y que permiten completar la colección que aquí se publica^[6].

Como se ve, pues, por estos breves apuntes, la vida de Tomás Jesús Quintero ha sido muy poco estudiada y cuando se ha hecho ha sido de manera tangencial en estudios dedicados a otros personajes de la revolución de independencia (Andrés Bello y el arzobispo de Caracas Coll y Prat). Este libro, consagrado enteramente a la labor del agente secreto de la República de Colombia en la corte de Fernando VII, pretende llenar un vacío difícil de explicar y quiere sacar del olvido a una figura de primera línea de nuestra transformación política.

TOMÁS JESÚS QUINTERO,
AGENTE CONFIDENCIAL EN MADRID

Por la correspondencia de la legación colombiana en Londres, se sabe muy exactamente la fecha en que Tomás Jesús Quintero fue recomendado para desempeñarse como servidor de la República. En efecto, el 16 de agosto de 1824 un sujeto que venía haciendo las veces de espía de las autoridades de Bogotá en Madrid escribió una carta con tal fin a Manuel José Hurtado, entonces ministro plenipotenciario de Colombia en Londres. Por la relevancia que tiene para esta presentación, bien vale la pena citarla *in extenso*:

El interés que me tomo por la prosperidad de nuestra familia [se refiere a la República] y el conocimiento de los sujetos me impulsan a hablar sobre un particular en que acaso no debía emprender sino con más oportunidad. El primero es don Tomás Jesús Quintero, secretario que fue del respetable arzobispo de Caracas Don Narciso Coll y Prat. Este joven, sumamente

interesado en nuestra fortuna, y por su talento e instrucción capaz de ser muy útil a nuestra familia en cualquier destino que obtase [sic], desea realmente ocuparse en su servicio con todo el anhelo de que es posible creerse animado. Lo manifiesto a usted y espero de su bondad que, en caso de que la comisión de usted sea de latitud bastante para que este apreciable joven sea destinado, ya sea al lado de usted, o en otra corte o punto de Europa conveniente a las relaciones de nuestra casa, en servicio de la misma, le dispense usted toda su protección. La persona de quien hablo es sumamente amable, aplicado, sabe hacerse relaciones, tiene bastantes conocimientos del estado general de Europa. Nuestro secretario Gual le ha tratado íntimamente desde la niñez, pues juntos hicieron sus estudios.^{7}.

Como se ve, Tomás Jesús Quintero fue recomendado por su paisano para la carrera diplomática y no para servir como espía en la corte de Fernando VII. Era, pues, uno de los muchos jóvenes neogranadinos y venezolanos que languidecían en la Península empobrecidos y sin destino, y que esperaban encontrar algún empleo en el servicio de la nueva república. El problema, por supuesto, estribaba en que las plazas en las legaciones europeas eran muy limitadas y fueron copadas muy rápidamente. Bastarán algunos ejemplos para ilustrar la afirmación anterior. La legación en Roma se confió en 1823 en primera instancia a Agustín Gutiérrez Moreno y en definitiva a Ignacio Tejada, dos neogranadinos que llevaban ya muchos años radicados en Inglaterra y Francia.^{8}. En la secretaría en Londres, el gobierno de Bogotá nombró en el año de 1822 a Lino de Pombo O'Donell, un joven cartagenero cuyo padre había sido un patriota descollante durante el interregno.^{9}. Además de defender aguerridamente el sistema revolucionario neogranadino en 1815, Pombo O'Donell participó militarmente en el sostenimiento del régimen liberal en España hasta su caída definitiva.^{10}. A causa de sus compromisos políticos, ignoró la designación diplomática hasta su llegada a Londres en 1824. Para entonces, y en vista de su retraso y de la necesidad impostergable de contar con un colaborador, el

plenipotenciario Manuel José Hurtado había recomendado en su lugar y obtenido el nombramiento del caraqueño Andrés Bello, cuya permanencia en Londres databa de 1810^{11}. Finalmente, a propósito de los colombianos residentes en Europa destinados a la lista diplomática, cabe mencionar al joven Joaquín García de Toledo, quien entró a trabajar en la secretaría de la legación en Inglaterra en 1822^{12}. Éste era también hijo de un líder principalísimo de la revolución de Cartagena, sacrificado en 1816 por las autoridades españolas. A los seis años de edad Joaquín García de Toledo había sido confiado a una tía suya casada con el payanés don Joaquín Mosquera y Figueroa, quien llegaría a ser posteriormente ministro del Consejo y Cámara de Indias. Con ambos viajó a México y a España^{13}, adonde recibió el nombramiento de las autoridades colombianas como oficial de la legación en Inglaterra. Según José Rafael Revenga, quien lo agregó a la legación londinense como “escribiente de confianza”, el joven había acompañado a Francisco Antonio Zea, tenía “principios de algunas lenguas extranjeras”, así como buenos modales, pundonor y deseos de mejorar su condición^{14}.

Así, pues, cuando Tomás Jesús Quintero fue recomendado para hacer parte de la lista diplomática no había ninguna plaza disponible en las legaciones en Europa. A este hecho debe agregarse otro si quieren comprenderse las razones por las cuales los dirigentes de la República de Colombia terminaron ofreciéndole a Quintero el nombramiento de “agente confidencial en Madrid”. Me refiero, por supuesto, al aspecto político y militar del conflicto independentista a comienzos de 1825. Sin duda, la batalla de Ayacucho, acontecida en el mes de diciembre del año anterior, había significado el fin de la guerra en la América Meridional. No obstante, la corte de Fernando VII persistía en su negativa de reconocer a los nuevos Estados y cabía esperar intentos de reconquista

desde las islas de Cuba y Puerto Rico. Resultaba, por ello, de la mayor importancia contar con avisos certeros acerca de los planes del gabinete madrileño. Desde tiempo atrás, el gobierno de Bogotá había contado con las buenas labores de informantes diseminados por el territorio peninsular. En el Archivo General de la Nación hay rastros documentales de cartas oportunamente remitidas a la legación de la república en Londres desde Madrid o Cádiz. Sin embargo, todo indica que se trataba de labores espontáneas de individuos comprometidos con la causa independentista, y no de un trabajo regular, debidamente remunerado por las autoridades colombianas.

En un oficio enviado desde Londres el 9 de octubre de 1824 al ministro colombiano de Relaciones Exteriores, Manuel José Hurtado remitió las cartas que había recibido de “tres individuos diversos, americanos y residentes en Madrid”, acerca de las miras y planes del gobierno español^{15}. Por lo dicho en una de ellas^{17} -transcrita al final de este libro-, es claro que además de Tomás Quintero, otros dos individuos escribían en aquella época desde la corte española a la legación en Inglaterra. La misma fuente no deja dudas con respecto a la identidad del segundo agente, pues menciona explícitamente su apellido: Mencos. Todo indica que el tercero era Joaquín Calderón, de quien se conserva un oficio fechado en Madrid a mediados de agosto de 1824. En él, Calderón ofreció sus servicios y como carta de presentación, refirió haber tenido relaciones con el diplomático y antiguo secretario de Relaciones Exteriores de Colombia José Rafael Revenga durante la estancia de éste en Madrid. Así mismo, se describió como amigo del oficial de la legación en Inglaterra Joaquín García de Toledo con quien, según afirmó, había acostumbrado traducir a Heineccio en su juventud. Deseando “con vivas ansias la dicha, la gloria y el engrandecimiento” de la república, se dijo presto a “sufrir gustoso” cualquier sacrificio por ella. Para el envío de ésta su primera carta, Calderón se sirvió del antiguo

corresponsal en Bayona (Monsieur Jean Mule, Maison Lieber et Compagnie) de Tiburcio Echeverría, un revolucionario de Maracaibo que había representado diplomáticamente a la república en España en 1821. Sin embargo, tal conducto no era quizás el más indicado. Por ello, expresó:

. quisiera que nuestra comunicación no se paralizara, y que para ello me dijera cuál era el conducto más seguro para usted, y cuál el de su mayor confianza: la crisis actual exige una actividad poco común en el conocimiento de las disposiciones de la antes Metrópoli, y éste no se puede aventurar sin tener una satisfacción cierta de que llegará a las manos que se dirige. Sobre este particular, usted dispondrá lo conveniente^{16}.

Como se ha visto, Tomás Jesús Quintero fue recomendado formalmente en agosto de 1824 (muy probablemente por el informante Mencos). Aunque ignoro con certeza la fecha exacta en que este caraqueño comenzó a trabajar como “agente confidencial” de Colombia en Madrid, consta en la correspondencia que se ofrece a continuación, que a finales de marzo de 1825 ya había enviado informes a la legación de la república en Londres. Al presentar a Pedro Gual, entonces secretario de Relaciones Exteriores del gobierno de Bogotá, los primeros resultados de la colaboración del “corresponsal de Madrid”, Manuel José Hurtado recordó que en el pasado éste había estado “agregado a la familia del difunto arzobispo de Caracas”. Enseguida refirió que Quintero le comunicaba “a menudo noticias importantes, exponiéndose [...] a graves peligros”. Aprovechó, pues, la ocasión para recomendar sus servicios y para sugerir que fueran éstos recompensados:

Sus circunstancias actuales, según me han informado, no son nada brillantes, y un socorro pecuniario, además de proporcionarle algún desahogo, le daría más medios de adquirir noticias y de servir a su patria. Él solicita regresar a su patria y que se le acomode en algún destino público. Como creo que Vuestra Señoría le conoce, no necesito indicarle las circunstancias personales que le hacen a propósito para desempeñar un encargo de esta especie

con lucimiento. Yo creo que podría ser bastante útil como oficial de alguna legación^{17}.

Hurtado concebía entonces la colaboración de Tomás Quintero como pasajera y pensaba que en un futuro próximo el agente debía ocupar una plaza en alguna de las legaciones de la república. No podía imaginarse en aquel momento que el caraqueño seguiría desempeñándose como espía de Colombia en la corte de Fernando Vil hasta 1831, ni que los informes que había de remitir a lo largo de aquellos cinco años tendrían una importancia fundamental, tanto en las relaciones exteriores de la república como en la preservación de su seguridad y de su integridad territorial. Consta que Quintero deseaba obtener del gobierno de Bogotá un nombramiento en regla como “agente confidencial” en Madrid. Ello se explica por las ventajas que hubiera brindado una designación formal a una persona tan pobre como él: su precaria e indefinida comisión se habría hecho así un verdadero empleo y en lugar de gratificaciones esporádicas y aleatorias le correspondería un verdadero sueldo. No obstante, Manuel José Hurtado descartó semejante posibilidad en el mes de septiembre de 1825:

Sobre el nombramiento de comisionado, me permitirá usted que le diga que no soy de su opinión. Según están hoy las cosas no podría dar fuero ninguno a la persona, antes bien, la expondría más. Agréguese a esto la circunstancia de que Michelord [Manuel José Hurtado] no tiene en sus poderes cláusula que lo autorice a semejante nombramiento. Pero me consta que hace tiempo que ha escrito sobre los servicios y buenas cualidades de Farmer, y no dudo que se tendrán presentes^{18}.

Quintero pretendió hasta la disolución de Colombia una plaza en el cuerpo diplomático de la república. A mediados de 1826 confió a su amigo Manuel Mateu, que se dirigía entonces a Bogotá, la consecución de un nombramiento en su favor, aunque fuera en “Pekín o en Ispahán”. Si el

ministro de relaciones exteriores no tenía a bien nombrarle oficial de legación, el caraqueño se conformaría con el empleo de escribiente, comprometiéndose a hacer bonita letra y a no faltar en nada a la “ortografía *de la última edición*”. En caso de que se le negara la gracia, Quintero esperaba que por lo menos se le despachara título en forma de su agencia confidencial en Madrid, pues, según, explicó, en caso de ser detenido, conseguiría así librarse de la horca^{19}. Por el informe del 5 de agosto de 1828 sabemos que el agente confidencial de la república en Madrid recibió, por disposición de José Rafael Revenga, el nombramiento en forma que con tanto ahínco había buscado^{20}. Aun así, el 25 de abril de 1829 Farmer continuaba expresando su deseo de servir en alguna embajada, aun cuando fuera en calidad de “último oficial”.

Antes de concluir este apartado es preciso referir que el trabajo metódico y constante de Tomás Quintero no supuso el fin de los informes espontáneos de otros colombianos residentes en España. En efecto, a comienzos de julio de 1826, Manuel José Hurtado se refirió extensamente en una comunicación dirigida al ministerio colombiano de relaciones exteriores a las noticias que le había participado desde Cádiz el 5 de junio anterior “el agente confidencial” de la república que allí residía^{23}. Se sabe, así mismo, que en 1826, un misterioso “Sr. Rodríguez” escribía desde el mismo puerto al ministro en Londres para referirle noticias que consideraba interesantes para la suerte de su país. ¿Era acaso el mismo agente que había enviado a aquella legación informes detallados el año anterior? Imposible saberlo. En la única carta de Rodríguez que en mi conocimiento se ha conservado (y que figura transcrita igualmente al final de estas páginas), se anuncia, con una redacción confusa y en un estilo que devela la rusticidad de quien escribe, los trabajos que se hacían entonces en La Carraca para componer navíos destinados a Cuba, así como cierto ofrecimiento de las provincias catalanas de poner en

armas a 40.000 hombres para la reconquista de América. Sea como fuere, de estos informantes y de su original participación en la consolidación de la independencia no ha quedado, por desgracia, mayor rastro. Ello confiere aún mayor valor a la extensa colección de informes de Tomás Quintero que hoy presento al público.

LOS INFORMES DEL ESPÍA COLOMBIANO EN MADRID

Tomás Jesús Quintero comenzó, pues, sus labores como agente confidencial de la República de Colombia aproximadamente en el mes de marzo de 1825. De dicho año, sólo ha sido posible hallar cuatro cartas correspondientes a los meses de mayo, julio y agosto, a pesar de que el tráfico epistolar reunido en este libro deja muy en claro que existieron otras fechadas en 21 de marzo, 24 de junio y i.º de julio. Con todo, Manuel José Hurtado atribuyó el silencio del espía caraqueño al desánimo que suponía le producía a éste la indefinición de su estatus y a la incertidumbre con respecto al estipendio que cabía esperar por el desempeño de una labor tan peligrosa. Por ello, en diciembre de 1825, el plenipotenciario en Londres creyó conveniente escribir a su colaborador madrileño para que reanudase sus gestiones:

Atendidos los encargos que usted me ha hecho para que solicitase del administrador de los bienes de su familia medios que lo pusiesen a usted en aptitud de poder subsistir con algún descanso, atendidas sus circunstancias, lo he hecho interponiendo mi recomendación, como se lo prometí a vuestra merced. Él me ha contestado que no olvida a usted, y que procurará el que sus deseos se cumplan, y aun me ha mandado cien libras esterlinas para que se las remita. Sólo me encarga diga a usted que no deje de darle noticias de su situación, porque sabe cuánto le interesan. Como hace mucho tiempo que usted no me escribe, lo que no sé a qué atribuirlo, nada tengo que decirle por ahora. Yo le encargo a usted no sea omiso para que el Papá conozca que usted no le olvida, y sepa dejarle una herencia con que pueda usted pasar descansadamente su vejez, cuando le sea posible restituirse al

seno de su familia. Sus disposiciones hacia usted son ya favorables, y es preciso cultivarlas^{24}.

Evidentemente, cuando Manuel José Hurtado habla del “administrador de los bienes” de la familia o del “Papá” de Quintero se refiere en realidad al gobierno de Colombia. No obstante, el silencio del agente confidencial en el segundo semestre de 1825 obedeció probablemente a problemas de salud, como parecen indicarlo las dos primeras cartas del espía colombiano en 1826, en las que se habla claramente de “silencio forzado” y de una “terrible enfermedad”. Sea como fuere, la amonestación del diplomático y la promesa de las cien libras esterlinas surtieron el mejor de los efectos, de suerte que durante el año de 1826 Tomás Jesús Quintero remitió a Londres no menos de 36 cartas-informes. Para el año siguiente, la situación vuelve a ser irregular, pues sólo he logrado hallar 18 cartas, sin que entienda muy bien porqué. Al parecer, Quintero padeció entonces algunos achaques que posiblemente le impidieron llevar a cabo sus pesquisas. Tal fue, al menos, la interpretación que de su silencio dio desde Londres en el mes de septiembre el plenipotenciario José Fernández Madrid a las autoridades de Bogotá. Durante 1828 y 1829 el número de informes alcanza niveles semejantes a los de 1826, lo que me lleva a creer que la correspondencia transcrita de dichos años está completa. El corto número de comunicaciones de 1830 y la desaparición de las correspondientes a 1831 es fácilmente comprensible, pues en esos años se produjo la desagregación de la República de Colombia en tres nuevos Estados (Venezuela, Nueva Granada y Ecuador). La situación de Tomás Quintero en aquel tiempo tuvo que ser muy penosa, pues difícilmente debió recibir algún dinero por sus valiosas gestiones. Con todo, el “Diario de los gastos” de la legación londinense permite establecer con absoluta seguridad que Thomas Farmer escribió y dirigió cartas a sus comitentes aun a finales de 1830^{25}. Así

mismo, es claro que a comienzos del año siguiente el agente confidencial mantuvo un silencio prolongado, como lo demuestra el extracto siguiente de una comunicación del representante de la República de Colombia al Ministerio de Relaciones Exteriores:

He sabido por un conducto fidedigno el motivo del silencio de nuestro corresponsal de Madrid. Parece que interceptó la policía una carta escrita por un señor Iznardi, hijo del que fue secretario del Congreso de Venezuela el año de 1811, a Francia sobre negocios políticos y de resultas de esto lo tienen preso y sin comunicación en un calabozo de Madrid. Esta desgracia ha cortado por ahora nuestra correspondencia con aquel país, porque como dicho sujeto es íntimo amigo de Farmer, teme éste que le sorprendan algo que lo comprometa^{26}.

TABLA I
LOS INFORMES DE THOMAS FARMER A LAS AUTORIDADES COLOMBIANAS

Año	Número de cartas-informes
1825	Al menos 7
1826	36
1827	Al menos 18
1828	27
1829	24
1830	Al menos 11
1831	—

La última carta que he hallado de Tomás Quintero corresponde al 2 de agosto de 1832, cuando, ya disuelta la República de Colombia, propuso sus servicios a la Nueva Granada para la gestión del reconocimiento de la independencia. Al remitir a Bogotá el oficio de su antiguo amigo caraqueño, Joaquín García de Toledo -entonces encargado de la legación londinense- solicitó que, en caso de que no se considerasen útiles los servicios de Quintero se le proporcionase al menos a éste “algún socorro a

cuenta de sus sueldos atrasados, o alguna suma para restituirse a Venezuela”.

LÍNEAS DE ESPIONAJE

Si pudiera graficarse en un plano, el conjunto de los informes de Tomás Quintero/ Thomas Farmer describiría el movimiento orbital del desconsuelo y la decepción política. En efecto, las comunicaciones se abren en 1825 con un optimismo triunfalista generado tanto por la victoria de Ayacucho como por la rendición del castillo de San Juan de Ulúa y por las repercusiones de ambos acontecimientos en España. El agente confidencial de Colombia parece convencido en un comienzo de que la revolución de independencia hispanoamericana obedece al irresistible avance de la civilización y cree, por ello, que el gobierno absolutista madrileño marcha irrevocablemente hacia su pérdida. Así mismo, piensa que las islas de Cuba y Puerto Rico han de liberarse más temprano que tarde del vínculo colonial e insta en sus comunicaciones por el pronto envío de una expedición colombiana contra las fuerzas españolas de las Antillas. Con el pasar de los meses, la acertada política de refuerzo militar de las posesiones españolas en el Caribe y el comienzo de la crisis en Venezuela provocan en Quintero un desconcierto que crece y se consolida con el tiempo: el gabinete de Madrid no resultaba tan estúpido e ignorante como creía, ni las autoridades republicanas de Colombia tan confiables como parecía en un comienzo.

Un síntoma inequívoco del paulatino desencanto de Farmer -y quizás el más visible y certero de todos- lo constituye la degradación progresiva de la imagen de Bolívar, que se va desluciendo en los informes con el correr del tiempo. En una carta memorable (19 de abril de 1827) el agente colombiano en Madrid reprueba los arreglos hechos por el Libertador con José Antonio Páez, que consideraba como un “funestísimo ejemplo” y que ofendían su

republicanismo, pues juzgaba con Tito Livio que ningún ciudadano debía sobresalir tanto que no pudiese ser llamado a juicio. En la comunicación del 20 de mayo del mismo año el embarazo de Quintero es notorio cuando refiere el diálogo sostenido con el ministro norteamericano Alexander Everett acerca de la renuncia de Bolívar a la presidencia. En efecto, la admiración de Farmer por el héroe colombiano está ya carcomida y no sabe si puede dar crédito a una dejación washingtoniana del poder. Ya en 1829, cuando muy a pesar suyo ha debido participar en las fallidas negociaciones de compra de la independencia y tregua prolongada, Quintero refiere con parquedad y sin la indignación convencida de un comienzo los abundantes rumores que corren de que Bolívar persigue la corona imperial.

La primera gran línea del espionaje de Tomás Quintero sigue, pues, los esfuerzos del gobierno fernandino por reforzar las islas de Cuba y Puerto Rico y frustrar todo ataque individual o combinado de mexicanos y colombianos. De ahí que abunden en los informes transcritos en este libro noticias minuciosas acerca de los buques carenados en Cádiz o en El Ferrol, de los reclutamientos y envíos de tropas al Caribe, de los nombramientos de autoridades civiles y militares en las Antillas y de las fallidas expediciones de Laborde y Barradas contra las costas colombianas y mexicanas, respectivamente. Como podrá imaginarse, los oportunos avisos dados por Farmer fueron de gran utilidad para el gobierno colombiano y aun para el mexicano, pues José Fernández Madrid refería las noticias más importantes que recibía acerca de la expedición de Barradas a Vicente Rocafuerte y éste las remitía a sus comitentes^{21}.

La segunda línea de espionaje concierne lo que podría llamarse el *lobby* de los realistas de la Tierra Firme en Madrid, es decir, las instancias incesantes de los emigrados de Nueva Granada y Venezuela y de los oficiales del Ejército Pacificador para que el gabinete madrileño

emprendiese nuevas campañas militares contra la República de Colombia. Los comentarios al respecto de Tomás Quintero resultan de sumo interés, no sólo porque permiten hacerse una idea muy nítida de la incomparable ceguera y de la incapacidad de la corte fernandina de aceptar lo irreparable, sino también porque desentrañan en buena medida la -en apariencia- inextricable madeja de las relaciones familiares al nivel imperial, y la manera en que la revolución de independencia las fracturó políticamente. Así, por ejemplo, en 1825 el ministro plenipotenciario (Manuel José Hurtado) y el secretario (Joaquín García de Toledo) de la legación colombiana en Londres eran sobrinos -y en el segundo caso cabría decir hijo adoptivo- de Joaquín de Mosquera y Figueroa, quien se desempeñara como presidente de la Regencia en 1812. Por su parte, José Fernández Madrid, ministro plenipotenciario en Inglaterra entre 1827 y 1830 estaba emparentado con el cura Juan Manuel García de Tejada, uno de los mayores promotores de la guerra contra la independencia de Colombia en la corte fernandina. A lo largo de los informes figuran decenas de casos semejantes: José Ignacio Casas, oficial realista nacido en Caracas en el seno de una “muy buena familia”, era cuñado del general colombiano Lino Clemente;

don Luis Escalona, hermano del general independentista Juan Escalona, era, no obstante uno de los principales informantes del gobierno de Madrid en las Antillas; José Díez Imbrechos, quien residiera algún tiempo en Cartagena de Indias y quien era primo de las señoras Paniza - emparentado por tanto del general Mariano Montilla- armó un corsario para combatir a los colombianos; don Francisco Rodríguez, a más de ser yerno del famoso abogado revolucionario caraqueño Miguel José Sanz, se desempeñaba en 1826 como secretario del general Morales, que tanto daño hiciera a los patriotas; el coronel Joaquín Miranda y Madarriaga, miembro de la muy

cartagenera familia del conde de Pestagua, era también coronel del ejército español en Cuba, etc., etc., etc.

La tercera línea de espionaje de Tomás Quintero la constituye la pretendida misión diplomática del Doctor Francia a la corte madrileña con el supuesto encargo de someter el Paraguay a la metrópoli. Apenas se enteró de que la comisión estaba compuesta por el marqués de Guaraní y el venezolano doctor Antonio Rojas Queipo, el agente se abrió camino hasta uno y otro. Al primero lo visitaba en la cárcel de la villa en la que estaba recluido y copiaba fragmentos de su correspondencia y demás documentos que lo acompañaban y que remitía posteriormente a la legación colombiana en Londres. Con el segundo, preso en Segovia, se esforzó por mantener un asiduo comercio epistolar del que extractaba también los principales rasgos para sus comitentes bogotanos. Al final, el marqués de Guaraní resultó ser un farsante que engañó a todo el mundo -incluyendo al rey, que lo recibió en palacio en varias ocasiones, y a nuestro espía, que lo vigiló con tanta constancia- y terminó siendo condenado a 200 azotes y a ser paseado en un burro por las calles de Madrid^{22}.

La cuarta línea tiene que ver con las gestiones realizadas a favor de Colombia por el ministro norteamericano en Madrid, Alexander Everett. Desde un comienzo, Quintero fue un activo y valioso colaborador del diplomático en trámites tan diversos como la liberación de los colombianos presos en España, las negociaciones fallidas para la compra del reconocimiento o para la fijación de una tregua prolongada, y la solicitud, a los cónsules norteamericanos de la Berbería, de protección y asistencia a los navíos colombianos que llegasen a aquella costa. A través de los informes de Farmer (20 de enero de 1828) sabemos que el agente confidencial fue “perfectamente acreditado” por el ministro José Rafael Revenga para tratar con Everett como representante de Colombia. Consta además que ambos se comunicaban en francés y que al regresar Quintero a su casa tenía cuidado de anotar en un

memorándum cuanto se había discutido en cada ocasión (25 de marzo de 1829). Quintero se hizo así un visitante asiduo de la legación norteamericana, donde ejercía entonces como secretario Washington Irving, a quien consideraba como el primer escritor de los Estados Unidos. Por desgracia, las cartas no permiten saber qué tipo de relación existió entre el espía y el literato. Con todo es preciso subrayar la “muy singular”, al tiempo que “muy grata y provechosa” anomalía según la cual el gobierno de Colombia estaba en “relaciones directas o indirectas con el español por medio de Mr. Everett”. Cabe anotar que esta situación de intermediación no se modificó con la partida de Everett en 1829, pues Farmer se hizo entonces cercano al encargado de negocios Carlos Walsh, quien quedó al frente de la legación norteamericana y lo colmaba de atenciones (8 de noviembre de 1829).

La quinta línea es la de la propaganda. Aun antes de recibir el encargo de la agencia confidencial, Quintero había sido un difusor ágil y eficaz de las noticias favorables a los independentistas, pero fue sobre todo al revestirse de dicho carácter que encaró la tarea con mayor entusiasmo. Farmer insistía en sus informes sobre la importancia de combatir permanentemente en las imprentas la imagen catastrófica que de la República de Colombia y sus instituciones forjaban en las Antillas hombres como José Domingo Díaz: el efecto de aquella correspondencia y de los artículos y publicaciones afines era directo e inmediato sobre los planes de reconquista. Como podrá imaginarse, los rumores de inestabilidad, bancarrota o impopularidad del gobierno republicano insuflaban optimismo en una corte que no se resignaba a perder sus antiguas posesiones ultramarinas, al paso que los triunfos y los aciertos de los independentistas en cualquier campo generaban en Madrid abatimiento e inactividad. Cabe anotar, finalmente, que Quintero no sólo se preocupaba por la publicación de noticias favorables a Colombia en España, sino también por dar publicidad en Francia, en Inglaterra y en Colombia a

las informaciones susceptibles de degradar la imagen de la corte madrileña. Para ello remitía en sus cartas artículos o breves apuntes sugiriendo en cada caso su traducción o su inserción en gacetas determinadas.

UN RETRATO LITERARIO DE TOMÁS QUINTERO

Quintero tenía una salud frágil y padecía con frecuencia ataques y resfriados que le impedían trabajar o salir de su casa. Era, además, un hombre pobre que residía en un “miserable guardillón”, cuyo alquiler pagaba habitualmente con retrasos y con los mayores apuros (informe del 22 de mayo de 1828)^{23}. Desgraciadamente, las gratificaciones del gobierno de Bogotá, siempre escaso de fondos, eran irregulares y se hacían esperar. Por ello, al final de los informes de Farmer se leen frecuentemente alusiones a su desesperante situación económica. Para colmo, Quintero fue uno de los damnificados de la quiebra de la casa londinense Goldschmidt (donde se conservaba parte del dinero del empréstito contratado por Colombia), pues cierta letra que le remitieron desde Londres a comienzos de 1826 quedó tras la crisis financiera sin sustento y enteramente nula.

Tomás Quintero era un hombre culto. En su correspondencia con la embajada colombiana en Londres abundan expresiones que demuestran que poseía en mayor o menor medida el latín, el inglés, el francés, el italiano y el portugués. Su pasión por el estudio y la lectura es indudable. Así, cuando a finales de 1827 se le encargó trabajar por la liberación de la tripulación de cierto corsario colombiano capturado por la marina española, no vaciló en dirigirse a la Biblioteca Real a leer tratados de derecho de gentes que le permitieran fundar en la doctrina imperante aquellas reclamaciones.

Se trataba, también, de un hombre apasionado por la literatura y la política. En cuanto a lo primero, vale

recordar que en sus cartas a Andrés Bello se refiere con entusiasmo a las producciones poéticas de éste y le indica que en alguna ocasión sometió una de ellas al examen de “los dos mejores, o mejor, únicos poetas españoles: don Manuel José Quintana y don Juan Nicasio Gallego”. Tal comentario indica muy certeramente la calidad de las relaciones intelectuales de Quintero en España. En cuanto a la política, cabe decir que nuestro agente estaba abonado al único gabinete de lectura que existía en Madrid y que fue cerrado por la policía en 1826. Así mismo, se sabe por su correspondencia que era cercano al mundo de la edición: no sólo había trabajado en un periódico durante el Trienio liberal, sino que mantenía buenas relaciones con diferentes editores de gacetas españolas y francesas (*Courrier Français, Journal de Paris*), que le fueron muy útiles para promover a la República de Colombia y a la causa independentista. A comienzos de 1829 -el 10 de enero- Farmer se refirió a la amistad estrecha que lo ligaba a los dos redactores del *Correo Literario y Mercantil*, y gracias a la cual podía insertar en dicho periódico cuanto se le antojase. Además, es claro que en 1826 el agente trabajaba, junto con otros americanos residentes en París (y entre ellos un misterioso A. de A.), en la edición castellana del *Atlas histórico de Lesage*^{24}.

En sus comunicaciones con la embajada colombiana en Londres el acendrado liberalismo (por no decir jacobinismo) del agente es expresado con humor y sin tapujos. En efecto, en sus primeras cartas, Quintero caracteriza a la ciudad de Madrid como “Caligulópolis”, al duque de San Carlos lo tacha luego de “Burrísima Excelencia”, al del Infantado de “cuadrúpedo” y al ministro de la Guerra (el marqués de Zambrano) en 1828 de “terrible animal”. Así mismo, cuando examina indignado la situación del Paraguay y la dictadura del Doctor Francia hace votos porque las tropas colombianas fusilen al déspota o lo envíen a Europa “a plantear gobiernos jesuíticos”. Y al dar avisos sobre la existencia de un espía

holandés que disfrazado de comerciante servía al gobierno español en Cartagena, Quintero imagina lo “agradable y justo” que sería ejecutar no sólo al agente secreto sino también “a cuanta gente se encuentra a bordo de ese buque, desde el capitán hasta el que mea en la pared”. Se comprenderá entonces la indignación del agente al enterarse de que el gobierno colombiano no miraba con malos ojos la posibilidad de comprar el reconocimiento de la antigua metrópoli. Fue, pues, violentando sus más íntimas convicciones que Farmer debió participar en aquellas negociaciones (iniciadas por el diplomático británico Mr. Lamb y proseguidas por el plenipotenciario norteamericano), cuyo resultado fue el más estruendoso fracaso por la obstinación de la corte fernandina.

Si bien el agente confidencial de Colombia en Madrid afirma en su carta del 13 de febrero de 1826 que el único fruto que sacó de sus estudios y grados en sagrada teología fue el persuadirse de que era “falta de buena crianza hablar a alguno [en] contra o a favor de su religión”, su pronunciado anticlericalismo relumbra frecuentemente en los informes. Al arzobispo de Toledo lo llama “ignorante, como buen cardenal”. Del mismo modo, al referirse a la Inquisición emplea la fórmula “Santo Oficio de quemar a los hombres” y cuando alude a aquellos que defienden los derechos papales subraya su “charlatanismo escolástico” y su habitual pedantería. Quintero creía en el progreso y en las ciencias, rasgo que compartía con muchos revolucionarios colombianos forjados intelectualmente en las ciencias físicas y naturales. Por tal razón, concibe como propio de su labor el “robo” de descubrimientos útiles, como lo atestigua el envío de una muestra de papel de paja de cereales a comienzos de 1826.

Como se vio al comienzo de esta introducción, Tomás Quintero cumplió con habilidad e inteligencia la difícil misión que le fue encargada. Se trataba evidentemente de un hombre recursivo, capaz de obtener datos valiosos y documentos importantes en múltiples dependencias